

RHIANNON



CAPÍTULO 1 *Sábado*

Mi vida no podría dar más asco del que da ahora mismo.
Intento no llorar, que se me pase.

No quiero ser una persona completamente deprimida y con el corazón tan roto que me duela cada vez que respire.

Todavía lo quiero. Y lo peor no es eso.
Quiero volver con él.



La pila de deberes que hay sobre mi mesa se ríe de mi dolor. «No me estoy riendo contigo», me dice, «me estoy riendo de ti. De tí, patética idiota».

La pila de deberes lleva razón. Soy patética. Y soy una idiota.

Recuerdo vagamente fragmentos de mi antigua vida, pero son como un sueño; imágenes sueltas, borrosas, que podrían pertenecer a la vida de otra persona.

Odio estar así.

A ratos me digo: «Venga, Ree. Ya basta. Supéralo». Porque, ¿cómo puede ser que alguien que ya no me quiere me haya convertido en una persona que ni reconozco?

Estar despierto da asco.

Snickers, mi gato persa, también conocido como Snick-Snick, se mete conmigo en la cama de un salto y ronronea. Se hace un

2 LLÉVAME ALLÍ

ovillo y se acomoda contra mis costillas. Acaricio su pelo largo y suave. Parece triste, como yo.

Pregunta: ¿cuándo se supone que desaparece el dolor?

Me inclino sobre la mesilla de noche para coger el mando y las gafas. Enciendo la tele. Mi agenda es la siguiente: ver un trillón de películas, leer la enorme pila de revistas que he ido acumulando porque nunca tengo tiempo para leerlas e ingerir espantosas cantidades de comida basura hasta que sea lunes y me tenga que levantar para ir al instituto.

Que te dejen puede ser una verdadera locura. ¿Qué se supone que tienes que hacer? ¿Se supone que tienes que deshacerte de todos tus sentimientos inmediatamente solo porque él diga que habéis terminado? ¿Se supone que tienes que seguir con tu vida como si tal cosa?

El DVD de *Algo en común* está en el reproductor. Aunque vi la película la semana pasada, le doy al *play*.

Tengo tantísimas ganas de que Steve esté aquí, viendo la película conmigo. Teníamos hasta nuestra propia postura para ver películas: yo solía apoyar la mejilla contra su pecho y escuchaba los latidos de su corazón. Y él me cogía la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Tenía esa manera de hacerme sentir bien sin necesidad de hacer nada en concreto, simplemente siendo él mismo.

Pregunta: ¿dónde se supone que se ha ido el amor?



La semana pasada sobreviví a la rutina del instituto activando el modo automático. Lloraba por las cosas más absurdas. Puede que alguien estuviera sirviéndose un vaso de agua y que de repente me diera cuenta de que las lágrimas me corrían por las mejillas. Pero lo peor de todo era cuando alguien me preguntaba si estaba bien, porque entonces no me quedaba más remedio que admitir que era cierto, que realmente había pasado, que ya no estábamos juntos.

Y, bueno, sí, las cosas mejoraron un poco. Con los días, mi estómago volvió a la normalidad. Ya no lloraba todos los días.

Pero mi corazón... mi corazón siempre estará roto.



Cuando Zach Braff, el protagonista de la peli, se pone a gritarle a la lluvia, Brooke viene a hacerme chantaje con un rollito de canela.

Brooke lleva el pelo envuelto en una toalla. Está haciendo un doctorado y tiene esta semana libre, y son las dos, y esa es la hora a la que se levanta normalmente. Brooke tiene diez años más que yo (yo tengo diecisiete), así que te puedes imaginar lo que mis padres (que tienen cincuenta) piensan de ella. Brooke lleva doctorándose en Historia del Arte una eternidad. Mi padre se pasa el día despotricando y diciéndole que nunca jamás encontrará trabajo. Pero eso es lo que realmente le gusta y no está dispuesta a cambiar de idea. Aunque eso no evita que mi padre trate de que lo haga. Mi padre es operador internacional de divisas y lo único que le importa son los billetes grandes. Y, por supuesto, quiere que cuando seamos mayores nos paguen con billetes grandes. Lo que es bastante improbable, teniendo en cuenta el tipo de carreras que nos interesan.

Pero mi padre es muy cabezota, así que, este verano, le consiguió a Brooke unas prácticas con un bróker del Citigroup, el banco en el que él trabaja, con la esperanza de que mi hermana viera la luz y se convirtiera en alguien que no es, porque eso es lo que se supone que hacen los adultos responsables. Pero ella se mantuvo firme y le dijo: «Prefiero comer mierda a exponerme a la corrupción de las mentes impresionables». Así que mi padre le contestó: «Como tú prefieras, pero no pretendas que siga pagando por ello».

De todas maneras, Brooke tiene alquilado un apartamento en un barrio residencial que está cerca de Columbia donde vive la mayor parte del tiempo, pero siempre se queda en casa durante las vacaciones y los festivos porque la vida nocturna está en el centro de la ciudad. Mi hermana es una asidua feroz de la escena nocturna de bares y discotecas. Como si tuviera diecinueve años en vez de veintisiete y saliera de noche solo para divertirse cuan-

4 LLÉVAME ALLÍ

do, en realidad, está llevando a cabo una selección de potenciales maridos.

Así que lleva en casa una semana, pero pretende irse de mochilera por Europa con una de esas guías de *Europa por 30 dólares al día*. Se marcha el viernes.

—¡Con glaseado doble! —me dice.

Se sienta en un lado de mi cama y me pone en el regazo una caja de rollitos de canela, marca Cinnabon. No me he movido desde que me levanté. Desde que me desperté, más bien, porque levantarme no me he levantado.

Brooke echa un vistazo a la televisión.

—¡Me encanta esta película!

Yo olisqueo la caja.

Ella sigue:

—Pero, ¿la estás volviendo a ver?

—Es fantástica.

—Sí, pero ya sabes lo que pasa.

—¿Y?

—Pues que... Bueno, da igual —Brooke me mira—. Para tu información, este es el último día que te dejamos echarte a perder. Ningún chico se merece que desperdicies un fantástico fin de semana. Hace un día estupendo, por cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he salido. ¿Hola? ¿Hay alguien en esa cabecita?

Cojo la caja de rollitos de canela, que hace pop al abrirse. Un intenso aroma a canela emana de ella.

—¿Qué?

—Que tienes que levantarte y seguir con tu vida —Brooke se frota el pelo con la toalla—. Ese chico no vale la pena.

—Solo ha pasado una semana.

—Exacto —Brooke se frota el pelo con la toalla energicamente—. Tiempo más que de sobra para recuperarte. ¡Noticias frescas! ¡Vives en la mejor ciudad del mundo! ¡Ahí fuera hay infinitas posibilidades de diversión!

Le quito el plástico a la bandeja que contiene los rollitos con glaseado doble.

—Y millones de chicos que te tratarán mejor que Steve.

—Me trataba estupendamente.

—Por favor. Ese chico tenía menos luces que una linterna apagada.

No estoy para nada de acuerdo con ella. Pero sí, de repente y sin preaviso, tu novio te deja sin un motivo aparente, ¿el problema es tuyo? ¿O es suyo?



Cuando escucho sonar el teléfono, me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo en la cama. Lo único que sé es que ya voy por mi tercera película, que me he leído dos *People* y un *Teen Vogue* y que me he comido casi una caja entera de galletas de nata Vienna Cremes. Los rollitos de canela hace mucho que se terminaron.

—¿Hola? —cruje mi voz en el teléfono.

—Hola —dice James.

—Hey.

—¿Qué pasa?

Esa es la especialidad de James: sabe cuándo te pasa algo antes incluso de que abras la boca. Es un chico hetero bastante atípico.

Es imposible describir mi agonía. Y estoy segura de que mis amigos están hartos de escucharla. Así que me limito a decir:

—Todavía estoy...

—¿Todavía?

—Sí.

—Vas un poco lenta.

Todo el mundo dice que poco a poco me iré sintiendo mejor y que el tiempo cura todas las heridas y bla, bla, bla.

Pregunta: ¿qué pasa si están equivocados?

—No me digas —murmuro.

—Lo que te hace falta es un cambio de aires.

Espero a que me proponga algo, aunque sé que no va a funcionar.

6 LLÉVAME ALLÍ

James continúa:

—Suerte que la fiesta de Keith es esta noche.

—Ya te lo he dicho: no pienso ir.

—Mmm, vale. Entonces, ¿cuándo paso a recogerte?

—Que no.

—Venga...

—No voy a ir.

—Tienes que venir.

—No pienso salir de la cama.

—La distracción es tu aliada.

—No voy.

No tengo ganas de relacionarme con nadie ahora mismo. Además, hay una mínima posibilidad de que Steve esté allí. Aun así, una voz dentro de mí me grita que me levante, que me prepare y que vaya. No es tan sencillo.

—Steve es un idiota —me informa James.

—¡Lo sabía!

Siempre sospeché que a James no le caía bien Steve, aunque nunca me dijo nada. James ha sido mi mejor amigo desde que teníamos doce años, desde que perdí mi cuaderno el primer día de clase y él me ayudó a encontrarlo. La verdad es que es fantástico que vayamos al mismo instituto.

—Pero, ¿por qué dices eso?

—Te mereces a alguien mejor.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que un idiota.

—Sí, la verdad es que lo tenía un poco sobrevalorado.

En realidad, no me creo para nada lo que estoy diciendo. Solo estoy intentando convencerme a mí misma de que yo no fui la que hice algo mal para que las cosas se torcieran entre Steve y yo.

—Exactamente —dice James—. Entonces, ¿a qué hora paso a recogerte?



Las cinco cosas que más echo de menos de Steve

5. Partirnos de risa juntos viendo reposiciones de Mr. Bill, el muñeco de plastilina de *Saturday Night Live*.
4. Las citas dobles con Nicole y Danny para ver grupos nuevos en The Elbow Room.
3. Cómo solía sorprenderme averiguando qué películas rodaban cerca de nuestro barrio, Greenwich Village. Solíamos ir a ver los rodajes.
2. Cómo siempre se acordaba de que me gustaba pedir ración doble de *topping* cuando salíamos a tomar un helado.
1. La sensación de sentirme amada.



—¡Oye! ¡Mira por dónde vas! —le grita James a Keith.

Ha estado a punto de tirarme la cerveza en la camiseta.

—Perdona, tío —refunfuña Keith, que no parece para nada arrepentido.

James se vuelve hacia mí y me dice:

—Imbécil.

Que es exactamente lo que suelo pensar cada vez que veo a Keith. Así que intento convencerme de que, aunque estemos en casa de Keith, no tendré que volver a toparme con él. Es absolutamente odioso, pero vive en un *loft* enorme en el SoHo, que es ese barrio ultra rico que está justo por encima del Village, y monta unas fiestas increíbles a las que va todo el mundo. Y, si vas a una de sus fiestas y además consigues darle esquinazo, entonces la diversión está asegurada.

Babemos como tontos mientras recorremos con la mirada la sala de estar, el balcón, los altos techos... Mi casa es insignificante comparada con esta. Es una situación ridícula.

—¿Has visto el televisor de pantalla plana? —resopla James—. Tiene por lo menos 50 pulgadas. Si tuviera uno así, no saldría nunca de casa.

8 LLÉVAME ALLÍ

—Secundo la moción.

La música está tan alta que mis huesos retumban a su ritmo.

—¿Entonces? —dice James.

—¿Entonces qué? —respondo yo.

—¿Estás bien?

—No.

—Igual después podemos pasarnos por Magnolia.

Magnolia Bakery es una pastelería de nuestro barrio en la que hacen los *cupcakes* más deliciosos del mundo. Lo mejor es que los glaseados de los pastelitos son de colores pastel y llevan *toppings* de los de antes. Mi combinación favorita es el glaseado rosa con fideos de color añil. Aunque conseguir la combinación perfecta de glaseado y fideos es solo producto del azar.

—Creo que esta fiesta cumple mi cupo de emociones fuertes para esta noche —le informo.

Otra de las particularidades de Magnolia es que los fines de semana abre hasta muy tarde. A medianoche, la cola es espantosa.

—¿Qué tal mañana?

—Ahí le has dado.

—Chicos, ¿os lo estáis pasando bien?

Keith nos ha encontrado y me tiende una cerveza. Como si me apeteciera beber algo que sabe igual que un producto de limpieza.

—No bebo.

—Vaya —asiente Keith, intentando parecer serio—. ¿Y no beber no te provoca sed?

Después se ríe como si eso fuera lo más divertido que alguien hubiera dicho en toda la Historia de la humanidad.

—Bueno, supongo que entonces no hace falta que esconda el veneno para ratas —Keith se vuelve a reír históricamente—. ¡Ja, ja, ja! —jadea—. Me parto.

Nos quedamos mirándolo.

—Da igual —Keith continúa con tono suave, como si realmente compartiéramos el mismo sentido del humor—. Vaya mierda lo de Steve y tú pero... si alguna vez te apetece salir...

—Mmm.

No me puedo creer que me esté pidiendo salir de esa manera.

Le lanzo una mirada a James.

—Uy —dice Keith, de repente—. ¿Vosotros dos estáis jun...?

—¡No! —respondo yo—. Solo somos amigos.

—Eso pensaba.

Keith me inspecciona con ese horrible gesto que hacen los chicos cuando repasan tu cuerpo de arriba abajo.

Asqueroso.

Después, añade: «Bueno... ya sabes dónde encontrarme». Y desaparece sigilosamente como la asquerosa serpiente que es.

James murmura algo.

—¿Qué?

—Nada —parece molesto—. Voy a por una Coca-Cola.

Allí de pie, con el torbellino de la fiesta a mi alrededor, experimento un intenso sentimiento de soledad. Incluso con James allí y sabiendo que Nicole llegará en un rato, ir a una fiesta con tus amigos en vez de con tu novio siempre es un poco triste. Sobre todo cuando pensabas que tendrías un novio para hacer cosas en pareja durante todo el penúltimo año de instituto. O quizá un poco más, si Steve hubiera podido venir de la universidad para llevarme al baile de fin de curso y esas cosas. Antes de El Incidente, parecía que este curso se iba a pasar muy rápido. Ahora, parece que va a durar una eternidad, aunque en realidad solo quedan cuatro semanas para que termine.

Estoy ansiosa por escuchar el contestador de mi móvil, pero James me obligó a que lo dejara en casa. Sabía que si me lo traía a la fiesta, lo estaría mirando cada tres segundos para ver si Steve me había llamado.

—¡Hola, Ree! —me dice Nicole, que ha aparecido de pronto.

Me abraza y le devuelvo el abrazo, apretándome contra ella como si estuviéramos unidas con velcro. Nicole es la persona ideal para ayudarte a superar una crisis; consigue hacerse una idea de lo que te pasa antes incluso de que se lo expliques. Y siempre sabe qué decir para hacerte sentir mejor.

—¿Estás bien?

Nicole está preocupada por mí. Sabe que es demasiado pronto para haberlo superado. Sabe que pienso en él constantemente.

—Sí —digo—. Bueno... no. Ya sabes.

Ella lo sabe: ha pasado por lo mismo.

Nicole se muerde el labio inferior.

—Si te hace sentir mejor, podemos volver a hablar de ello.

Esa es otra de sus virtudes. Su forma de vestir le hace parecer agresiva, pero no lo es. En realidad es dulce y muy sensible.

Aun así, debe haberle costado muchísimo proponerlo, porque hemos analizado la situación hasta quedar exhaustas, hasta que ya no había nada más que analizar. El motivo por el que Steve me dejó es el misterio sin resolver más misterioso de todos los tiempos. Pero, por supuesto que quiero volver a analizar lo que me dijo por millonésima vez.

Así que empiezo:

—Solo si de verdad no te importa y no me lo estás diciendo porque sientes lástima por lo que me ha...

—No pasa nada.

—Entonces... bueno... al principio parecía estar igual que siempre...

Todo fue muy extraño. Durante los cuatro meses que estuvimos saliendo, pensé que teníamos una conexión increíble, que conectamos profundamente. Es más, sé que conectamos.

Pero, entonces...



—Mmm... Creo que no deberíamos seguir saliendo.

—¿Qué? —No podía estar diciéndolo en serio. Era imposible—. ¿De qué estás hablando?

—Es que... ya no siento lo mismo —dijo Steve con un tono completamente natural.

Como si me estuviera diciendo: «Ya no tengo ganas de ir al parque».

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

Yo seguía esperando que la broma terminara.

Steve se limitó a sacudir la cabeza y mirar al suelo.

—¿Qué ha pasado? —dije, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nada. Es solo que... de todas maneras tendré que marcharme cuando vaya a la universidad, así que...

—¡Pero eso no será hasta agosto!

—Sí, pero...

—¿Así que ese es el motivo? —Me sequé la mejilla—. Pensaba que habías dicho que querías intentar una relación a distancia.

—Mira, sé que es duro escuchar esto, pero... No creo que sea una buena idea.

Observé a Steve. Ni siquiera parecía triste. ¿Cómo era posible? Aquel era el mismo chico que me había dicho que me quería, que se quedaba en mi habitación todo el día cuando estaba enferma, jugando conmigo a las cartas y haciéndome batidos en la licuadora, aunque no supiera utilizarla y terminase estropeándola. El mismo chico que había recorrido mi cuerpo con sus manos, que me besaba durante horas...

Y, de repente, todo había terminado. Fue la peor sensación que he experimentado en mi vida.

Lloré aún más.

Steve se levantó.

—¿Dónde vas?

En mi voz se podía percibir lo asustada que estaba. Era como si estuviera diciendo: «Ya está. Se marcha. Ni siquiera puede soportar estar en la misma habitación que yo. Le resulto repulsiva».

Steve volvió a sentarse en el sofá, con la caja de pañuelos sobre las piernas. Sacó uno para mí.

—Toma —dijo.

Me soné la nariz.

—¿Todavía me quieres?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿por qué me haces esto?

—No es por tí, es por mí. Yo estoy...

—¿Cómo estás?

—Tengo que hacerlo, lo siento.

—Pero yo todavía te quiero.

Steve se crujió los nudillos. Detestaba que hiciera eso pero, en aquel momento, hubiera dado cualquier cosa por volver con él. Si retiraba todo lo que acababa de decir, podría crujirse los nudillos todo lo que quisiera y a mí me daría igual.

Me sorbí la nariz.

—Me preguntaba si... —dijo—, si podríamos ser... amigos.

¿Me lo estaba preguntando en serio? ¿En qué universo retorcido querría una chica ser amiga del chico que la acaba de dejar?

—No lo entiendo —dije—. Pensaba que eras feliz conmigo.

—Lo era.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

Steve se levantó.

—¡No te vayas! —grité.

Yo no dejaba de llorar.

—Lo siento.

—¡Por favor, no te vayas!

Quería que se sentara a mi lado y que me abrazara y que me dijera que aún era mío. Que era la única chica del mundo que podía hacerle feliz. Que teníamos que estar juntos.

Pero Steve se limitó a marcharse. Salió de mi casa.

Y, entonces, me quedé completamente sola.



—Quiero volver con él —le revelé a Nicole.

—¿Qué?

—Lo voy a recuperar.

—¿Cómo?

—Pensé que tú podrías aconsejarme.

Nicole se me queda mirando.

—No puedo olvidarlo —le digo—, no soy tan fuerte. Aún pienso en él constantemente. Me estoy volviendo loca.

—Lo superarás. Sé que ahora mismo es imposible que lo creas, pero las cosas mejorarán. Confía en mí.

Es un poco extraño que Nicole y yo siempre tengamos que enfrentarnos a los problemas a la vez. Nuestras relaciones acaba-

ban de terminar. Nicole y Danny rompieron hace tres semanas y Steve me dejó la semana pasada. Hace siete días, nueve horas y veintitrés minutos. No es que los esté contando...

Antes de salir con Danny, Nicole se veía con un tal Jared. Y cuando Jared la dejó, lo pasó tan mal que no quería ni salir de la cama. Yo solía ir a su casa después del colegio y le llevaba sus chucherías preferidas: Butterscotch Krimpets, los pastelitos de mantequilla glaseados que más le gustan (y que solo se pueden comprar en una tienda de *delicatessen* bastante lejos de nuestro barrio), caramelos de limón de la marca Lemonheads (en la sección de caramelos, estantería central de la parafarmacia), tarta migada de la marca Entenmann's (disponible en cualquier tienda) y cerezas recubiertas de chocolate (solo le gustan las de la marca Godiva, los sucedáneos no valen). Nicole estaba destrozada. Pero un día, de pronto, decidió que por fin había superado lo de Jared y al día siguiente empezó a salir con Danny.

Nicole piensa que a mí me ocurrirá lo mismo. Que se me pasará en cuanto me empiece a gustar otro chico. Pero yo sigo enamorada de Steve. Nunca volveré a sentir lo mismo por nadie. Otro chico solo conseguiría recordarme constantemente todo lo que quería a Steve.

—¿Crees que no puedo recuperarlo? —pregunto.

Creo que estoy entrando en pánico.

—No, es solo que... ¿por qué quieres volver con él después de lo que te ha hecho?

—Porque todavía lo quiero. No puedes simplemente apagar el botón del amor si todavía sientes algo.

—Pero se te pasará y...

—Pero es que no quiero que se me pase —la interrumpo—. Lo que quiero es estar con él.

—Hola, bellezas —saluda Sheila.

—Hola —digo yo.

Nicole sigue la conversación.

—¿Dónde está Brad?

—Vendrá más tarde. Voy a subir a ver la piscina. ¿Queréis venir conmigo?

—Claro —respondo.

Presumo que Nicole vendrá también pero, entonces, me doy cuenta de que está mirando a Danny, que viene hacia nosotras.

—Vámonos.

Sheila nos empieza a contar un problema que tiene con Brad, pero yo no me siento con ánimos de escucharla. Consigo redireccionar la conversación hacia el tema de Steve con una estrategia rastrera: alguien comenta algo y tú aprovechas para decir: «¡Ah, sí! Eso es justo lo que me pasó a mí cuando...», aunque no haya ninguna relación entre ambas cosas. Es solo una excusa para seguir hablando de ti misma.

Quiero escuchar la opinión de Sheila, así que le cuento todo el dilema de Steve hasta que, de repente, veo a Joni. Está sentada muy cerca de las butacas en las que estamos nosotras. Demasiado cerca. Haciendo como que no escucha, cuando es completamente evidente que lo está haciendo.

La conversación vuelve hacia los problemas de Sheila. Yo prefiero no decir nada más de Steve. No me apetece que todo el instituto se entere de mis asuntos.



Lo primero que hago al llegar a casa es meterme corriendo en mi habitación y mirar los mensajes del móvil y del correo electrónico. Snick-Snick me sigue. Cierro la puerta y miro de reojo el contestador. La lucecita roja me devuelve la mirada, desafiante. Ni un solo parpadeo. En el móvil tampoco tengo ningún mensaje.

Aprieto el botón de encendido de mi iBook y me dirijo hacia el armario. Saco una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones de pijama rosas y, mientras me cambio, me quedo observando el salvapantallas del actor Topher Grace. James me toma el pelo cada vez que viene a mi casa y lo ve. Me dice: «¿Cuándo vas a poner un salvapantallas con mi foto?».

Pulso el icono de Gmail en la pantalla y veo que tengo cinco mensajes nuevos. Siento la adrenalina correr por mis venas de la emoción.

Pero ninguno es de Steve.

No puedo quedarme sin hacer nada. Si espero a que se dé cuenta de lo idiota que ha sido al dejarme, probablemente tenga que esperarlo eternamente.

Hago clic en REDACTAR. Y escribo esto:

Para: Steve <richthecopyguy>

Asunto: nosotros

**Steve,
Tengo que decirte que no sé qué hacer. Todavía
siento algo por ti y creo que**

Hago clic en BORRAR.

Empiezo de nuevo.

Para: Steve <richthecopyguy>

Asunto: nosotros

**Steve,
Te he escrito mil versiones diferentes de
este e-mail en mi cabeza intentando encontrar
las palabras que te convencieran para volver
conmigo. Nunca he dejado de quererte**

Hago clic en BORRAR.

Empiezo de nuevo.

Para: Steve <richthecopyguy>

Asunto: nosotros

**Steve,
¿Cómo te va? Pensé que nos veríamos esta
noche en la fiesta de Keith. ¿Estabas allí?
Ha sido muy divertida, como siempre. Me
preguntaba si...**

16 LLÉVAME ALLÍ

BORRAR.

De nuevo.

Para:

Asunto:

Steve,
¿Puedes explicarme por qué me has hecho esto?

Tampoco envió este último.